RAMÓN GONZÁLEZ FÉRRIZ

La otra Guerra Fría

Cómo el capitalismo y el comunismo
convirtieron la cultura
en un campo de batalla

Alianza editorial

Primera edición: octubre de 2025

Reservados todos los derechos.
El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier
medio, sin la preceptiva autorización.

© Ramón González Férriz, 2025
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2025
Calle Valentín Beato, 21; 28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 979-13-7009-057-9
Depósito legal: M-10733-2025
Impreso en España - Printed in Spain

Para Marta

Índice

Introducción. Un conflicto de ideas **11**
1. El telegrama largo **19**
2. La doctrina Zhdánov **27**
3. La pintura de la libre empresa **45**
4. Invitación a un fusilamiento **65**
5. Una nueva clase de escritor de misterio **81**
6. Vaqueros pop en el corazón de Europa **95**
7. ¿Se puede ser un intelectual sin ser un revolucionario? **117**
8. Entre el apocalipsis nuclear y *El coche fantástico* **135**
Epílogo. Una nueva guerra fría **155**

Agradecimientos **163**
Notas **165**
Bibliografía **171**
Índice onomástico **177**
Créditos fotográficos **181**

Introducción

Un conflicto de ideas

Los conflictos geopolíticos no tienen una única causa. Son fruto de luchas por las materias primas o el acceso a determinados mercados comerciales. Los originan potencias obsesionadas con expandir sus territorios o rencores acumulados durante siglos. Algunos estallan por la personalidad de los líderes y otros son consecuencia de meros accidentes. En realidad, la mayoría responden a una suma de todos estos motivos, y muchos otros.

La Guerra Fría, la pugna que dividió el mundo en dos entre 1946 y 1989, también se debió a esas causas. Pero quizá en mayor grado que otros conflictos globales, fue provocada por un choque de ideas. Las dos partes que se enfrentaron tenían visiones contrapuestas del ser humano y el bien común. Discrepaban en el uso que se podía dar al Estado y al mercado. Tenían ideas dispares sobre cómo debía funcionar una fábrica y para qué servía el arte. Entendían de manera completamente diferente el significado de las palabras «libertad» e «igualdad». Una de esas visiones se llamaba capitalismo; la otra, comunismo. Las dos partes estaban convencidas de que la convivencia entre ambas era imposible a largo plazo y que solo una sobreviviría.

Durante esos cuarenta y tres años, casi todas las actividades humanas se vieron afectadas por esta rivalidad apocalíptica. Las más evidentes, por supuesto, fueron la política y la guerra, pero el enfrentamiento también conformó, por ejemplo, el desarrollo de la ciencia y la aplicación de sus descubrimientos al mundo de la tecnología.

La educación universitaria o la práctica de la agricultura no habrían sido las mismas sin ese choque y las necesidades sociales que suscitó. Tampoco lo habrían sido las competiciones deportivas internacionales o, incluso, el sexo: fue en esa época cuando se produjo un cambio de mentalidad radical al respecto que dividió tanto a las sociedades capitalistas como a las comunistas. Sin embargo, dado que se trataba, en buena medida, de un conflicto de ideas, los líderes y los burócratas de ambos bandos dedicaron un esfuerzo sin precedentes al que en ese momento se consideraba el campo de batalla natural de las ideas: la cultura. Muchos de ellos creían que el resultado de la contienda ideológica dependía, en parte, de cómo los libros, las canciones, las películas o los cuadros reflejaran esas visiones contradictorias del mundo; de la capacidad que tuvieran para cohesionar a las sociedades en las que se creaban y para seducir a los ciudadanos que vivían en el bloque adversario. Esta es la historia que cuenta *La otra Guerra Fría*.

Por supuesto, el libro no pretende ser una historia completa de la cultura en esas cuatro décadas. Harían falta muchos volúmenes para relatar e interpretar toda la cultura creada entonces en todo el mundo o, siquiera, en los países protagonistas del conflicto. Lo que he hecho, más bien, ha sido escoger unas cuantas tramas relevantes e interconectadas que reflejan, a mi parecer, lo que fue una dinámica cultural, ideológica y política que, si bien cambió a lo largo del tiempo, también fue consistente. De acuerdo con esta dinámica, la creación artística y literaria transmitía unos valores y unas ideas que mostraban las preocupaciones, la moral y las rivalidades del momento; y los autores y los creadores —cuyas figuras más conocidas fueron casi siempre hombres— disponían de una importante influencia en la sociedad, hoy casi inimaginable. Los gobiernos intentaban apoderarse de esa influencia y utilizarla con fines propagandísticos; a veces, con la más absoluta predisposición del artista; en otras ocasiones, con su renuencia e incluso en contra de su voluntad. En Occidente, eso podía llevar a los artistas caídos en desgracia a la marginación o el ostracismo; en el bloque comunista, conducía con frecuencia a la censura, el silenciamiento, la cárcel, el exilio o, en casos extremos, a la muerte.

Los dos países que protagonizan estas páginas son Estados Unidos y la Unión Soviética, los líderes de sus respectivos bloques políticos. Pero también aparecen numerosos episodios que tuvieron lugar en otros países, incluida España, cuya dictadura, debido a las lógicas internas de la Guerra Fría, acabó integrada en el bloque anticomunista e intentó, tras muchos titubeos y con argumentos que hoy resultan

llamativos, copiar con reservas la modernidad cultural que defendía Estados Unidos.

He intentado contar mi particular interpretación de este periodo de una manera narrativa. Entre los protagonistas de estas historias están Dmitri Shostakóvich, que fue obligado a defender en público al Gobierno estalinista que había vetado sus obras; el pintor abstracto Jackson Pollock, convertido en un emblema del capitalismo financiero de Nueva York; Giangiacomo Feltrinelli, un editor comunista que se llevó de contrabando a Italia el manuscrito original de *El doctor Zhivago* y lo publicó en Occidente en contra del criterio de la Unión Soviética; el músico de jazz Dizzy Gillespie, que estuvo de gira por Europa del Este y Oriente Próximo con financiación del Gobierno estadounidense para demostrar que este no era racista; el auge extraordinario de James Bond gracias, en parte, al apoyo del presidente estadounidense John F. Kennedy, y la aparición de su doble comunista, Avakoum Zahov, en la literatura húngara; la cultura evangélica estadounidense encarnada por John Wayne; el surgimiento del género del apocalipsis nuclear en los *bestsellers* y los *blockbusters* estadounidenses; y el papel de unos cuantos roqueros —como la olvidada Plastic People of the Universe y el célebre Bruce Springsteen— en la caída del Muro de Berlín y el comunismo. Sus historias no solo estuvieron determinadas por un gran designio geopolítico, sino por rivalidades, pasiones ideológicas y debilidades muy humanas que merecen verse como tal.

Pero más allá de estas y otras historias que se entrelazan a lo largo de este tiempo, el libro pretende mostrar dos ideas que me parecen muy relevantes y que, en cierta medida, le han dado la forma que tiene. La primera está implícita en lo contado hasta ahora: la enorme importancia que la cultura adquirió en este periodo histórico. Resulta impresionante ver hoy la trascendencia que algunos sectores muy influyentes de la sociedad daban a la trama de una novela o a los versos de un poema. En la Unión Soviética, se discutía con total seriedad si un determinado ángulo de cámara hacía que una escena cinematográfica transmitiera valores contrarios al marxismo. En Estados Unidos, revistas que vendían millones de ejemplares publicaban debates serios sobre el tipo de escultura que definía a las nuevas clases intelectuales. Los escritores eran figuras habituales en la televisión; algunos de los pensadores que protagonizaron esta época se comportaban como celebridades mediáticas; algunos libros que hoy parecen abstrusos, como el propio *El doctor Zhivago,* vendían centenares de miles de ejemplares, y no era raro que los políticos pensaran que una foto con

un libro, o junto a un poeta, podía beneficiarles electoralmente. Aquí recojo algunos documentos oficiales, como informes diplomáticos o dosieres de servicios de inteligencia, que demuestran que las élites políticas y funcionariales consideraban la cultura, y a quienes la creaban, una parte esencial de la gran lucha política. En respuesta a las inquietudes del Ministerio de Asuntos Exteriores británico por el futuro de la Unión Soviética bajo la tiranía de Iósif Stalin, el filósofo Isaiah Berlin elaboró un detallado informe sobre las ideas dominantes entre la *intelligentsia* liberal rusa, o lo poco que quedaba de ella. Algunos informes de la CIA revelan que sus funcionarios identificaban los libros con mayor potencial ideológico e incluso reflexionaban sobre el impacto que el mensaje humanista de una novela podía tener en la cosmovisión comunista. El Gobierno de Fidel Castro podía ofrecer a un escritor una habitación gratuita en un hotel de lujo para que terminara un libro sin interrupciones, y llenarla luego de micrófonos para escuchar sus opiniones y sus conversaciones con otros escritores, especialmente si eran extranjeros. En una de mis escenas preferidas de este libro, Harry S. Truman, el presidente de Estados Unidos, pasea por la National Gallery de Washington y pondera las virtudes de la pintura flamenca frente a los «perezosos y excéntricos modernos». Lo más interesante, sin embargo, es que sus asesores en política exterior se empeñaron en hacerle cambiar de opinión, para que entendiera que apoyar el arte abstracto podía beneficiar a Estados Unidos. Lo lograron.

No soy partidario de añorar ese mundo en el que la cultura ocupaba un lugar tan destacado. A fin de cuentas, esa preponderancia se debía a que las sociedades estaban más estratificadas y las clases dirigentes imprimían sus preferencias de una manera desproporcionada en las políticas públicas, los contenidos de los medios de comunicación y los gustos. Y debemos recordar que en muchas ocasiones, como reflejan estas páginas, solo pensaban en el arte o la literatura como meras herramientas políticas, instrumentos para conseguir sus fines ideológicos en el contexto de una guerra fría. Es muy posible, además, que a muchos gobernantes el arte les resultara completamente indiferente, pero pensaran que debían fingir y aceptar las recomendaciones de sus colaboradores o ministros más cultos. Y es probable que eso estuviera haciendo Francisco Franco cuando esbozó una sonrisa mientras Antoni Tàpies le guiaba por una sala de la Bienal de Arte Hispanoamericano y le hablaba del carácter potencialmente revolucionario de la nueva pintura. Pero Franco, como Truman, apoyó este arte.

Sin embargo, la historia que cuento aquí refleja otra idea igual de importante: cómo lo que entendemos por cultura se transformó profundamente durante la Guerra Fría. Al principio de este relato aparecen muchos poetas, revistas literarias, exposiciones de arte, discusiones sobre estética cinematográfica y óperas. Como explico, eran los campos en los que operó principalmente la propaganda cultural en los años cuarenta, cincuenta y sesenta. Y eso no desapareció de un día para otro: aún en los años setenta y ochenta, algunas obras, como *Archipiélago Gulag,* el relato de Aleksandr Solzhenitsyn sobre los campos de trabajos forzados soviéticos, podían generar intensos debates políticos. Pero a medida que transcurría el tiempo, y avanza el relato de este libro, se produjo una profunda transformación. Al inicio de los años sesenta, la televisión era ya un medio ubicuo. En esa misma época, surgió la música pop, que se convirtió en un fenómeno cuyo impacto global hoy resulta difícil de entender. La indumentaria informal pasó a ser una forma de identificación política, aunque unos pantalones vaqueros no tuvieran el mismo significado en la California *hippie* que en la Praga comunista. Algunas drogas como la marihuana se convirtieron en una demostración de evasión política, al igual que lo hizo una espiritualidad oriental cada vez más presente entre los jóvenes de Estados Unidos y Europa. El cine de acción y las novelas de espías que consumían las masas reflejaban los conflictos de la Guerra Fría de una manera estilizada. Los millones de europeos que nunca habían viajado a Estados Unidos se hacían una imagen de América a partir de las películas de Hollywood, pero también de las novelas baratas de vaqueros o ciencia ficción o las películas italianas o españolas que parodiaban su influencia.

Los ideólogos que protagonizaron la batalla de ideas de la Guerra Fría empezaron a advertir, si bien muchas veces con una enorme renuencia, que esa nueva cultura popular tenía un impacto político mucho mayor que la alta cultura. En algunos casos que cuento aquí, aunque muchos miembros del *establishment* político conservador estadounidense sintieran un rechazo instintivo por algunas de esas expresiones culturales, e incluso pensaran que suponían una señal de decadencia de la sociedad occidental, acabaron dándose cuenta de que, cuando esas expresiones culturales de consumo llegaban a los jóvenes de los países comunistas, estos acababan detestando aún más la censura de sus gobiernos y abrazaban los ideales de la libertad capitalista. Pero los burócratas y los líderes políticos también descubrieron que esa cultura joven e irreverente era mucho más difícil de controlar que la alta cultura. Porque, en general, estaba mucho más sometida

a las leyes del mercado y los gustos de las masas —como paulatinamente irían descubriendo también los mandatarios del mundo soviético— que a las directrices políticas y la capacidad de financiación de los gobiernos y sus órganos de propaganda. Esta transformación, cómo el dominio de la alta cultura dio paso a la hegemonía de la cultura popular, coincidió con la Guerra Fría, que a su vez la conformó. En este libro, por ejemplo, el relato empieza con el escritor Máximo Gorki escribiendo novelas de estirpe decimonónica sobre la promesa del socialismo y la miseria rusa durante el zarismo y acaba con el actor y cantante David Hasselhoff interpretando una canción disco en *playback* junto a las ruinas del Muro de Berlín.

El capitalismo en general, y Estados Unidos en particular, ganaron la Guerra Fría. Es probable que eso se debiera más a su potencial económico y militar, y a las increíbles carencias del sistema comunista, que a su cultura. Pero la cultura desempeñó un papel crucial en esa victoria; una de las historias que recorren este libro es cómo, en estas décadas, la cultura estadounidense y la anglosajona se expandieron a todo el mundo convirtiéndose en una cultura prácticamente global, mientras que la cultura de los países comunistas más apreciada en el exterior era, precisamente, la de sus disidentes. Pese a la resistencia de una parte importante de su *establishment* político y cultural, al final Estados Unidos entendió mucho mejor que la Unión Soviética el efecto político que podían tener algunos movimientos como las vanguardias artísticas, la literatura que rehuía el realismo y abrazaba la experimentación, las películas de acción frívolas, los *bestsellers* de consumo, la música *jazz* y luego el *rock* y el pop. En un principio, el bloque soviético pensó que podía oponerse a esto con la férrea doctrina del «realismo socialista» y condenando todo vanguardismo por burgués; más tarde, cuando no tuvo más remedio, permitió que sus artistas asumieran algunas de esas estéticas, aunque con reservas; al final, se abrió a que sus ciudadanos pudieran acceder directamente a las obras occidentales que en el pasado había prohibido y levantó la censura a las obras propias que durante décadas le habían resultado más incómodas. Esa fue una de las primeras medidas políticas que tomó Mijaíl Gorbachov tras llegar al poder en 1985.

Pero ya era demasiado tarde. La concepción capitalista de la cultura libre entroncó mucho mejor con la modernidad, con la sensibilidad de las sociedades modernas, plurales y relativamente caóticas, que la del comunismo. También entendió mucho mejor las dinámicas de los medios de comunicación, su capacidad no solo para informar sin censura sobre la cultura que se había creado libremente, sino para

convertirse ellos mismos en una parte integral de la cultura, del sistema de ideas que manejan las sociedades. Por eso he utilizado muchos fragmentos periodísticos para contar, desde el punto de vista de la época, pero con el distinto grado de subjetividad que tenían los medios en uno y otro bloque político, los acontecimientos. Todo este proceso consiguió algo que habría parecido increíble a principios del siglo XX: convirtió la vanguardia, y en concreto la estética del modernismo y más tarde del pop, en el estándar estético del mundo democrático. Como cuento en el epílogo, sin embargo, si bien la Guerra Fría ha terminado, y existe un cierto consenso sobre la victoria occidental en esta batalla cultural, el debate permanece abierto. De hecho, en muchos países, e incluso en algunas corrientes ideológicas de los países occidentales, aún perviven visiones de la cultura que emanan del marxismo-leninismo, aunque se trate de una versión suavizada y puesta al día.

Estos son los temas centrales de *La otra Guerra Fría*. Pero antes de entrar en ellos he querido responder en pocas páginas a una pregunta obvia: ¿qué fue la Guerra Fría?

1

El telegrama largo

El 22 de junio de 1941, el ejército nazi lanzó la operación Barbarrosa. Su objetivo era apoderarse de territorios rusos y del este de Europa para someterlos a los intereses alemanes. Supuso la apertura del frente oriental de la Segunda Guerra Mundial, e hizo que Estados Unidos y Reino Unido acudieran en ayuda de la Unión Soviética para derrotar a los nazis. Pero la Gran Alianza, el nombre que se le dio a esa operación conjunta, fue un acuerdo precario y difícil. Los tres aliados tenían visiones contradictorias del mundo y de cuál era su papel en él.

La Unión Soviética era el epicentro del comunismo global. Siguiendo la ortodoxia ideológica instaurada por Karl Marx y Lenin, Iósif Stalin y el resto de los dirigentes soviéticos estaban convencidos de que las potencias capitalistas con las que acababan de pactar estaban condenadas a derrumbarse por las contradicciones propias de su sistema económico y político, y de que el comunismo no tardaría en dominar la Tierra. Por su parte, Reino Unido todavía era un gran imperio colonial y dominaba partes importantes de África y Asia, mientras que Estados Unidos ya era la mayor potencia económica del mundo. Ambos países defendían una versión agresiva del capitalismo y eran democracias liberales, si bien impregnadas de clasismo y racismo, y con frecuencia imponían regímenes dictatoriales a terceros países si eso convenía a sus intereses geopolíticos y frenaba el avance de los movimientos revolucionarios. Pero, circunstancialmente, los tres países compartieron un objetivo: derrotar al nazismo. China,

que estaba sumida en una guerra civil, sería el cuarto socio que haría frente en el Pacífico a Japón, aliado de los alemanes.

En parte debido a las enormes diferencias ideológicas de sus miembros, y en parte porque sus objetivos políticos eran divergentes, la Gran Alianza no contó con una estrategia coherente y bien planificada. Consistió, más bien, en una cooperación general y una serie de acciones puntuales en algunos aspectos estratégicos, siempre dominadas por la desconfianza y el rencor. Estados Unidos proporcionó a la Unión Soviética enormes cantidades de acero de alta calidad, armas antiaéreas, vehículos pesados y toneladas de alimentos que fueron clave para que los soviéticos resistieran la invasión nazi y paliaran una gran hambruna. Aun así, Stalin, cada vez más paranoico y violento, temió durante toda la guerra que los occidentales le abandonaran. Sin embargo, esta ayuda estadounidense permitió a la Unión Soviética derrotar a los nazis en el frente oriental, aunque pagó por ello un enorme precio económico y, sobre todo, en vidas humanas. A su vez, a pesar del pacto, los líderes de Estados Unidos y Reino Unido, Franklin Delano Roosevelt y Winston Churchill, vieron con enorme recelo que, tras repeler la invasión, el Ejército Rojo avanzara por los países del Este de Europa con el objetivo cada vez más evidente de someterlos al dominio de la Unión Soviética.

El 25 de abril de 1945, tras invadir Alemania por dos lados opuestos, los tres ejércitos aliados se encontraron en Torgau, una ciudad situada en el este del país, junto al río Elba. Cinco días más tarde, Adolf Hitler se suicidó. Dos días después, los alemanes se rindieron. Cuando en Moscú se conoció la noticia, surgieron manifestaciones espontáneas de agradecimiento a Estados Unidos por su apoyo, pero las autoridades soviéticas las disolvieron. Tras la victoria en Torgau, los ejércitos celebraron su triunfo por separado: los de Estados Unidos y Reino Unido, procedentes del frente occidental, lo hicieron en Reims, Francia; los procedentes del oriental, en el Este de Berlín. Los estadounidenses suspendieron de inmediato el envío de ayuda a la Unión Soviética.

La Gran Alianza funcionó para el fin con el que se había creado, derrotar a los nazis. Pero para nada más. Los miembros de la coalición que había ganado la guerra estaban profundamente enfrentados en términos ideológicos y geopolíticos. El 6 y el 9 de agosto de 1945, Estados Unidos lanzó sendas bombas atómicas sobre las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki para poner fin a la guerra en el Pacífico. Al constatar su enorme potencial destructor, la Unión Soviética aceleró su propio plan para desarrollar armas nucleares con las que hacer frente a Occidente.

Al inicio de la posguerra, el enfrentamiento soterrado entre los antiguos aliados fue particularmente evidente en el este de Europa. Stalin llegó a la conclusión de que solo podría controlar ese territorio si imponía regímenes comunistas bajo el control directo de Moscú, aprovechando el dominio militar que el Ejército Rojo había adquirido allí durante la guerra, lo cual generó grandes conflictos con Estados Unidos y Reino Unido. Harry S. Truman, que en abril de 1945 se convirtió en presidente de Estados Unidos tras la muerte de Roosevelt, estaba convencido de que la Unión Soviética era expansionista por naturaleza. Aun así, en un principio, pensó que Stalin no cometería la temeridad de romper los acuerdos con sus dos aliados anglosajones. Pero lo hizo. Estados Unidos quería retirarse cuanto antes de Europa por los enormes costes que suponía su presencia allí. Sin embargo, el comportamiento de los soviéticos, que actuaban como si quisieran quedarse con la mitad del continente —de una manera no tan distinta, pensaban los estadounidenses y los británicos, a lo que habían intentado hacer los nazis— le obligaba a dejar fuerzas militares y de inteligencia en la región. Stalin pensaba que si los estadounidenses y los británicos querían imponer el capitalismo en Europa, la Unión Soviética debía impedirlo y guiar a esos países hacia el comunismo, o imponérselo. Poco antes de la contienda había dicho que «esta guerra no es como en el pasado; quien ocupa un territorio también impone su sistema social. Todo el mundo impone su sistema allí hasta donde llega su ejército. No puede ser de otro modo»[1].

El recelo era absoluto. El 22 de febrero de 1946, menos de un año después de que los ejércitos se encontraran en Torgau, George Kennan, un diplomático estadounidense de bajo rango destinado en la embajada de su país en Moscú, trató de explicar a sus superiores de la Secretaría de Estado en Washington, que estaban perplejos por la actitud de Stalin, el origen histórico del comportamiento hostil de los soviéticos y sus intenciones futuras. El telegrama era tan extenso que pasó a la historia con el nombre de «el telegrama largo».

Según Kennan, tras la revolución comunista, si bien el poder soviético había roto con siglos de autocracia zarista, había conservado muchos de sus rasgos. Para empezar, explotaba un aspecto tradicional del nacionalismo ruso: el sentimiento de inferioridad con respecto a los países occidentales mezclado con la sensación de que Rusia solo gozaría de una posición segura si alejaba, o incluso destruía, a sus enemigos. En consecuencia, los soviéticos no solo intentarían expandir sus dominios territoriales, sino que tratarían

de generar conflictos internos en los países occidentales. Explicaba Kennan en el telegrama:

> Lo que tenemos es una fuerza política fanáticamente aferrada a la creencia de que la convivencia permanente con Estados Unidos es imposible, que es deseable y necesario que se perturbe la armonía interna de nuestra sociedad, que se destruya nuestra forma de vida, que se acabe con la autoridad internacional de nuestro Estado, si se quiere asegurar el poder de los sóviets. Esta fuerza política tiene un poder absoluto para disponer del vigor de uno de los pueblos más grandes del mundo, y de los recursos del territorio nacional más rico del mundo; le impulsan las profundas y poderosas corrientes del nacionalismo ruso. Además, dispone de un complejo y extenso aparato para imponer su influencia en otros países, un aparato de una increíble flexibilidad y versatilidad, gestionado por personas cuya experiencia y habilidad en métodos encubiertos probablemente no tengan igual en la historia.

Sin embargo, Kennan transmitía que era posible evitar que esa dinámica diera pie a un enfrentamiento bélico. La Unión Soviética era más débil de lo que mostraba. Era mucho menos poderosa que Estados Unidos y tenía incontables problemas internos. La clave consistía en «contener» sus avances, no en hacerles frente mediante un conflicto abierto. Pero esa contención tenía que ser activa. Estados Unidos debía liderarla, aunque tenía que implicar también a los demás países occidentales y a todos los gobiernos anticomunistas del mundo. Kennan sugería al Gobierno estadounidense:

> Debemos formular y presentar a otras naciones un retrato del mundo que queremos, mucho más positivo y constructivo que el que les hemos presentado en el pasado. No basta con instar a la gente a que desarrolle procesos políticos similares a los nuestros. Muchos pueblos extranjeros, al menos en Europa, están cansados y asustados por las experiencias del pasado, y no les interesa tanto una libertad abstracta como la seguridad. Están buscando más una guía que responsabilidades. Deberíamos ser más capaces que los rusos de ofrecerles esto. Y si no lo hacemos nosotros, sin duda lo harán los rusos[2].

El telegrama tuvo una gran influencia en Washington, donde muchos aún no entendían el mundo en el que se adentraban. Pocas semanas después de que Kennan enviara su mensaje, en marzo de 1946, Churchill, que ya no era primer ministro porque había perdido las primeras elecciones británicas tras el fin de la guerra, dio un discurso

en Estados Unidos en el que pronunció por primera vez una expresión que sería clave para el periodo que estaba naciendo en ese momento:

> Desde Stettin, en el Báltico, hasta Trieste, en el Adriático, un telón de acero ha caído sobre el continente. Tras esa línea están todas las capitales de los antiguos Estados de la Europa central y oriental. Varsovia, Berlín, Praga, Viena, Budapest, Belgrado, Bucarest y Sofía, todas esas famosas ciudades y las poblaciones de su alrededor se encuentran en lo que llamaré la esfera soviética, y todas, de una forma o de otra, están sometidas no solo a la influencia soviética, sino de un modo muy acusado, y en algunos casos creciente, al control de Moscú[3].

Ese mismo mes, el escritor británico George Orwell empleó en un artículo periodístico una expresión que ya se había utilizado antes, pero que en ese momento sirvió para dar un nombre a la nueva situación que vivía el mundo. Rusia, escribió Orwell, había empezado a «librar una "guerra fría"» contra Reino Unido[4]. Un libro de 1947 del periodista estadounidense Walter Lippmann, titulado *Guerra Fría,* hizo famoso el sintagma. Ese mismo año, Kennan convirtió su telegrama largo en un artículo y lo publicó, sin firmar, en la influyente revista de relaciones internacionales *Foreign Affairs*. Lo que Estados Unidos tenía que hacer, decía en esta nueva versión del texto, era llevar a cabo una «paciente contención a largo plazo, firme y vigilante, de las tendencias expansivas de Rusia»[5]. Para lograrlo, insistía, no hacía falta iniciar una nueva guerra convencional, sino algo distinto. El artículo enseguida se interpretó como la estrategia oficial del Gobierno de Truman ante la Unión Soviética. Empezaba una nueva era y, con ella, un nuevo lenguaje —«telón de acero», «Guerra Fría», «contención»— asociado a ella.

Ese mismo año, George Marshall, el secretario de Estado, viajó a Moscú para evaluar las deterioradas relaciones de su país con la Unión Soviética, y a su regreso estableció una de las principales premisas estadounidenses para esos primeros años de guerra fría. Era urgente poner en marcha iniciativas que impidieran el desmoronamiento de Europa occidental. En ese momento, según Marshall, el mayor riesgo para la cada vez más asentada alianza entre Europa occidental y Estados Unidos no era una invasión soviética. Su temor era que las terribles condiciones de vida de la posguerra, dominadas por la destrucción y la escasez, hicieran que muchos europeos votaran a los partidos comunistas, que estos se hicieran democráticamente con los gobiernos de países como Italia o Francia y que, después, se

pusieran a las órdenes de Stalin. El plan de ayuda estadounidense a los países de la Europa occidental que diseñó Marshall, y que acabó siendo conocido por su nombre, debía generar beneficios psicológicos y materiales para la población europea que revirtieran la tentación de votar a los comunistas. Si todo salía bien, esa ayuda permitiría a Estados Unidos conseguir una enorme influencia política, económica y moral en Europa durante la Guerra Fría, nombre que el conflicto acababa de adoptar.

Con la ayuda del Plan Marshall —en el que Estados Unidos acabó gastando trece mil millones de dólares, una cifra enorme para la época—, los países de Europa occidental recuperaron el acceso a combustibles y alimentos y pusieron en marcha la reconstrucción de sus ciudades. Al mismo tiempo, en Italia y Alemania se restablecía la democracia; España, que se había mantenido al margen de la guerra, también se quedó fuera de la redemocratización de la posguerra. Los líderes europeos, por lo general veteranos de la política que habían vivido la Primera Guerra Mundial, la Revolución rusa, el crac de 1929 y el auge de los fascismos, pretendían ante todo reinstaurar una estabilidad que hacía décadas que no existía en la mayor parte del continente. Por eso, la reconstrucción no fue solo de carácter económico o industrial. No consistió únicamente en rehacer barrios bombardeados o carreteras destruidas, o en hacer que las fábricas recuperaran una función civil. Se trató de reconstruir psicológicamente el continente con la promesa de que el tiempo de inestabilidad había terminado, de que los Estados iban a impedir que amplios sectores de la sociedad quedaran excluidos del progreso y la seguridad —algo que se conseguiría mediante una ampliación sin precedentes del estado de bienestar— y de que la democracia iba a ser responsable y funcional. Todo ello, como pronto descubrieron los líderes que gestionaron las ayudas del Plan Marshall, requería el apoyo y la protección de Estados Unidos, pero también un aumento de la cooperación entre los países europeos. Ambas cosas marcarían los primeros años de la reconstrucción.

En abril de 1949, Estados Unidos, Canadá y diez países europeos firmaron la creación de la Organización del Tratado del Atlántico Norte, la OTAN, cuyo artículo v comprometía a los miembros a ayudarse unos a otros en caso de que alguno fuera atacado, presumiblemente por la Unión Soviética. El 1 de octubre de 1949 Mao Zedong declaró el triunfo de la revolución comunista en China y el 25 de junio del año siguiente estalló la guerra de Corea, en la que China, la Unión Soviética y la mitad norte del país se enfrentaron a

Estados Unidos y la mitad sur por el control de la península. Esa guerra confirmó que incluso un conflicto aparentemente secundario para Occidente podría escapar al control de la estrategia de contención de la Guerra Fría. Después de tres años y alrededor de dos millones y medio de bajas, las dos partes firmaron un armisticio que dividió el país: en el norte se instaló una dictadura comunista y, en el sur, una capitalista protegida por Estados Unidos, que impulsó un rápido crecimiento económico. Aquello supuso el reconocimiento implícito de que ninguna de las dos partes tenía fuerza suficiente para derrotar a la otra, o no quería destinar más recursos a un conflicto regional. Y también de que, en plena carrera por el desarrollo de armas nucleares, ambas habían renunciado a utilizarlas en Corea para no generar un número de víctimas mucho mayor ni crear un precedente. Pero no por ello estas dejaron de ser un elemento central durante toda la Guerra Fría. Cuando, en 1955, Alemania Occidental se sumó a la OTAN, el bloque soviético respondió creando el Pacto de Varsovia (oficialmente, el Tratado de Amistad, Cooperación y Asistencia Mutua), un organismo simétrico formado por la Unión Soviética y otros siete países del bloque oriental sometidos por completo a las estrategias de la primera. Fue en ese momento cuando la Guerra Fría entró en su fase plenamente militar. Sin embargo, hacía tiempo que se estaba desarrollando otro de sus aspectos: el cultural.